

¡Ultreia!

El Acebo: humo y luto

Jornada 4ª. Jueves 26 de junio.
El Acebo-Cruz de Ferro-Riego-
Molinaseca



El Acebo, territorio de la infancia. Aquí vine a las fiestas del pueblo hace cuarenta años, por caminos de barro. Tenía yo los años de Sandra y en casa de mis padres trabajaba una joven del Acebo, Lola Flórez. Aunque vino siendo una adolescente y se crió en casa, Lola no era la criada ni la doméstica, títulos en desuso; para mi madre era “la chica”. Ahora mis hijas dicen la cuidadora, término de origen madrileño y rasgos faciales ecuatorianos.

Pero Lola era de la familia. Como dicen las señoras, salió de casa para casarse. Y así fue, con su novio Paco de toda la vida, que venía a buscarla los jueves y domingos por la tarde, y a los chavales nos invitaba a un vaso de naranjada, “un butano”, en el bar de la calle Ave María donde los viajeros esperaban el coche de línea Fernández. Aún faltaban años para que llegara la Mirinda a nuestra adolescencia, la Fanta y el comediscos a los guateques de nuestra juventud, y el Schweppes con vodka a nuestros primeros botellones.

Pues Lola, que nos crió como una segunda madre –siempre le estaré agradecido–, me llevó con nueve años a las fiestas de su pueblo y tengo grabado en la memoria cada momento de aquellos días en El Acebo, en la casa humilde de sus padres, no más de diez metros cuadrados, dos plantas, abajo la cocina y la cuadra, encima un techo-suelo de madera renegrida. Negro de humo y luto. Pero, cuando alguien te ofrece de corazón lo que tiene, te lo da todo. Los padres de Lola me ofrecieron el mejor hotel, ninguna casa de turismo rural de las ciento y pico que tiene el Consejo Comarcal en el catálogo podría ofrecerme tanta hospitalidad.

No recuerdo la comida, pero sí el catre de lanas apelmazadas donde dormimos, aplastados por una colcha roja, y recuerdo el olor a humo en toda la vivienda. Fuimos a buscar agua a la fuente de la Trucha y al baile en la era cercana a la iglesia, el día de san Miguel. La gente sentada alrededor, en banquetas y escaños que cada cual traía de casa o en algún tronco, el tamborilero ponía la música. Dulzaina y tambor, eso era todo, ni altavoces ni orquestas, mozos moceando mozas, bajo la atenta mirada de las comadres, mujeres de edad indefinida, algunas de respetables bigotes, sin cabello, siempre enlutadas, las cabezas cubiertas con pañoletas negras, como las mujeres que he visto bañarse vestidas, enteras de

negro, en las playas de Alejandría, o embozadas hasta los ojos en las calles de Argel. Son los mismos paños que llevaban nuestras abuelas y el mismo velo cubriendo el rostro y la mirada con el que iban a misa nuestras madres, y la toca que realza, como una orla de santidad, el óvalo luminoso de la cara de las monjas de clausura.

Humo y luto, así era El Acebo en 1968, parecido al que hoy paseamos y no muy distinto del que visitó Madoz cien años antes, en 1850: “En la provincia de León (a 14 leguas), partido judicial de Ponferrada (a 2 leguas), diócesis de Astorga, (a 7 leguas) y ayuntamiento de Molinaseca. Situado a la falda del monte de Foncebadón en terreno quebrado: CLIMA frío, pero sano. Se compone de 40 CASAS cubiertas de paja, que forman una calle sobre el camino del puerto, carretera de Castilla; una iglesia parroquial bajo la advocación de san Miguel, servida por un cura párroco, y una fuente de buenas y abundantes aguas, de la que se surte el vecindario, al paso que el derrame fertiliza algún terreno. Confina al Norte con Castrillo del Monte, por el Este con Manjarín, por el Sur con Compludo, y por el Oeste con Riego de Ambroz; el terreno montuoso y pedregoso es de mediana calidad; le baña, aunque bien separado del pueblo, el río Tablatelio; PRODUCE trigo, centeno, patatas, nabos y pastos finos; mucho ganado vacuno, lanar y cabrío, abundancia de lobos, osos y jabalíes; INDUSTRIA, telares de lienzo basto y elaboración de manteca de vacas. POBLACIÓN, 31 vecinos, 126 almas. [Diccionario geográfico-estadístico-histórico, por Pascual Madoz]

Hoy sigue casi igual: una sola calle central embarrada, sin asfalto, la calle Real, que es rambla de peregrinos empedrada, a la que se asoman cincuenta casas con portones de madera, con la gatera a ras de suelo. En el atrio de la iglesia hay un viejo olivo, ¿por qué entonces “el acebo”?, y en la torre un reloj de sol verde con los romanos dorados. Entramos de visita al albergue donde unos peregrinos descalzos lucen sus juanetes y ampollas, con las piernas colgadas en la litera. Italianos e italianas que me traen recuerdos de la Sicilia añorada, a la que tanto anhelo volver: al comenzar el viaje recibí la llamada cariñosa de Margarita Gigliota deseándonos suerte. *Linatakalam* también forma parte de mi largo viaje interior, para el que no hay otro puerto que la muerte. La nave va. Pero con los peregrinos italianos hablamos de fútbol mientras se rascan los juanetes; nos desean que España gane a Rusia:

-Así, al menos, habremos perdido con la campeona de Europa.

-¡Porca miseria!

Un deseo y un beso

Echamos un trago en la fuente de la Trucha, algo remozada. El agua sigue tan rica y fresca como siempre y nos encaminamos a la cruz de Ferro por el camino de Castilla. El mástil de la Cruz de Ferro ha sido renovado y parece un retablo de Almodóvar. Los ex-votos, prendas y fotografías dan testimonio de la fe pagana y las creencias esotéricas. El Centro Gallego de Ponferrada ha recuperado la capilla, que se me antoja fea e innecesaria. Fea porque lo es de remate e innecesaria porque éste no es lugar para capillas confesionales. A la corrupta jerarquía de la Iglesia todo le viene bien. El caso es peregrinar y comprar humo del botafumeiro al llegar a Santiago. La confesión católica se ha apropiado del Camino Jacobeo -en su origen, camino pagano al fin del mundo, al *finis terrae*-, y de los *milladoiros* o *humilladoiros*, como éste del monte Yrago, lugares de penitencia, de origen remoto, quizás indígena o celta, muy anteriores al Cristianismo, mojones de la memoria caminante, mágicos o energéticos, tal vez vinculados a enterramientos.

Los peregrinos dejan aquí fotos de familiares enfermos, prendas, botas con la suela gastada, tarjetas con peticiones imposibles, ramos de flores y piedras, cientos, miles de



Diccionario de Madoz



Ex-voto

pedras, cada una con un deseo y un beso. Se lo explico a Sandra y Alicia y, cuando tiramos nuestras piedras, entienden por qué el pequeño barrio de Ames donde vivimos, cerca de Santiago de Compostela, también se llama Milladoiro. Sandra pide un deseo y me lo cuenta al oído:

-Aprender a dibujar bien.

Ali echa su piedra:

-Que Mami deje de fumar.

A nuestro lado, una señora piadosa implora:

-¡Dale un niño a mi hija, que lo estamos esperando con todo amor!

Un descomunal camión-góndola de ocho ejes y veinticuatro metros rasga la escena transportando la base de un molino de viento. Leo la procedencia: Transportes Especiales Cabrera, de Badajoz. Mal presagio: su presencia nos anticipa la cercanía del monte del Redondal, al que subiremos mañana.

Flor de leyendas



Flor de leyendas, del republicano Alejandro Casona, autor maldito en aquellos años, que leíamos en la Preparatoria de don Paco Oviedo. Ponferrada, 1968.

Hago abstracción de la capilla para sentir la energía que emana de las piedras mágicas. Por este milladoiro de Foncebadón pasa otro cordón umbilical, un hilo de eternidad fúnebre que emparenta menhires, cruceiros, calvarios, mámoas, túmulos, pirámides, mastabas, aquí, en Bretaña, en Stonehage o en Persia. El monte de piedras, desde el que contemplamos el paisaje del Bierzo y la Maragatería, nos evoca la historia del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro y, sentados en la cima del milladoiro, se la cuento en un susurro a mis hijas: la leyenda de la princesa Parizada y sus hermanos Baman y Perviz, hijos del sultán de Persia que, recién nacidos, fueron arrojados al agua en una canastilla.

Educados como huérfanos, Baman y Perviz parten en busca del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla de color de oro, de la cual basta una sola gota para hacer un surtidor que jamás se consume. Un derviche les previene del peligro: “Encontraréis a derecha e izquierda una multitud de piedras negras y oiréis una confusión de voces que, con insultos y amenazas, tratarán de haceros retroceder. Si miráis hacia atrás os convertiréis al punto en una piedra negra como las otras, que son otros tantos caballeros encantados”.

Como la mujer de Lot, convertida en estatua de sal, Baman y Perviz no resistieron la tentación y quedaron convertidos en piedras negras. Pero la princesa Parizada fue más lista y tapó sus oídos con algodones y así consiguió llegar, sorteando las piedras negras, hasta el pájaro que habla y el agua de oro. Luego, derramando una gota de agua sobre cada piedra, deshizo el encantamiento y salvó a sus hermanos y a todos los caballeros torpones y curiosos que habían caído en la trampa.

Sandra y Alicia echan gotitas de sus cantimploras en las piedras de la Cruz de Ferro, pero no aparece el príncipe. Tejidos por una misma mano invisible, los cuentos universales se entrelazan. Baman y Perviz son recién nacidos arrojados al río en una cesta de cañas calafateada con pez, como Sinuhé el Egipcio y como Moisés. La mujer de Lot fue castigada, también como Baman y Perviz, por curiosa y desobediente, por atreverse a contemplar la destrucción de Sodoma y Gomorra. Ulises y Parizada emplean la misma astucia para desoír los cantos de sirena. Las piedras negras sobre las que nos hemos sentado encarnan a los peregrinos caídos en el viaje, resucitados por el agua mágica, el agua de la vida, el agua del Jordán. *Flor de leyendas*. Las mil y una noches que he susurrado un cuento a la cabecera de Zoraida, Sandra y Alicia.



Con Zoraida en 1981

En recuerdo de Luis Carandell

En este viaje caminamos desde El Acebo hasta la Cruz de Ferro: somos peregrinos al revés, pero yo fui peregrino a Compostela de verdad por estos andurriales en el Año Santo de 1982, cuando todavía no estaba de moda y era una aventura. Ocurrió que en aquellos años conocí y admiré a Luis Carandell, mi maestro viajero, que prologó mi primer libro, *De Ourense a San Andrés de Teixido*. Me recibió en su despacho de la revista *Viajar* haciendo papiroflexia con papeles y plásticos retorcidos y me encargó un reportaje sobre el camino desde Roncesvalles. Lié a otros cinco compañeros –Toño, Suso, Luis, José Manuel, Mundo- y vestidos con hábito franciscano caminamos durante treinta jornadas desde el Pirineo navarro, siguiendo la guía de Aymery Picaud. Al llegar a estos montes que forman la frontera Este de la República Independiente del Bierzo, escribí:

“En Rabanal los peregrinos somos la novedad del pueblo y los vecinos que acuden a la taberna a ver la tele se quejan en torno a una botella de orujo, contando historias increíbles. Nos aseguran que en la ermita de San José hay tres piedras que cubren tres tumbas y que siempre están húmedas, las tres y sólo esas tres, en recuerdo de un crimen allí ocurrido. Creo que éste debe ser el único pueblo de España que en tiempos tuvo teléfono y lo quitaron, en contra de la voluntad de los vecinos, que no tienen forma de comunicarse cuando caen varios metros de nieve, en lo más crudo del invierno.

Después de cruzar Foncebadón, casi deshabitado, hay carreras entre los peregrinos para llegar a la Cruz de Ferro, donde un letrado recuerda en francés -merecidamente en francés, ellos inventaron le Chamin de Saint Jacques- que no dejemos de arrojar nuestra piedra. Así pues, cumplimos con el rito de los segadores y de los peregrinos, para que siga en pie por los siglos de los siglos este «monte de mercurio» en la cima del Irago, desde el que se contemplan los paisajes enteros de la Maragatería y El Bierzo, separados por las cumbres nevadas del Teleno.

En Manjarín, deshabitado, pastan tres yeguas, y pronto llegamos a El Acebo, donde se entra por la fuente de la trucha, saboreando el regusto de llegar a mi tierra. El Bierzo mítico de las mil y una sorpresas. A bordonazos con un supuesto lobo, Mundo rompe su bordón, ¡el bordón bendecido en Roncesvalles! y se queda con un palmo de narices, como Toño ayer, cuando se puso a hacer de *majorette* en Castrillo y rompió la calabaza, para regocijo de la comitiva. Por un camino de jaras y escobas, apartándose de la carretera, llena de domingueros con la tortilla debajo del brazo, llegamos a Ponferrada de noche, después de una etapa de cuarenta kilómetros, una de las más duras del viaje”. [revista *Viajar*, 1982]



Tuneando el disco duro

Hemos vuelto sobre nuestros pasos. El coche escoba de Pablo nos baja desde la Cruz de Ferro, por el Acebo y Riego de Ambrós: curioso nombre y curioso pueblo: he pasado por la carretera de Riego muchas veces y nunca entré al caserío a preguntar si es cierto que todos sus vecinos emigraron a Madrid y se hicieron carniceros. Escribo estas notas bajo el primer arco del puente de Molinaseca, a la orilla izquierda del río Meruelo, que baja las aguas del Picueto y las del arroyo de Bouzas, que hace dos días vimos reír en cascada, donde la charanga de los vecinos nos descubrió la alegría de la sencillez.

Escribo, pues, rodeado del bullicio de los bañistas que disfrutan de la playa fluvial –mis andarinas acaban de saber por otros niños que hay serpientes marinas en el lecho del río-, y asediado por turistas que compran helados compulsivamente en máquinas tragaperras y se comentan a gritos domingueros sus ávidos hallazgos.

Miruelo: Del latín “merus” (=puro) y el sufijo “-olus”, alude a la pureza de los pequeños regatos que bajan desde La Aquiana.

-Dicen que una noche de agosto, aquí cierran una calle y la llenan de agua y se meten todos con cubos y calderos y se tiran agua unos a otros hasta el amanecer.

Lo veo mucho más fresco y aseado que la Tomatina de Buñol, donde el último miércoles de agosto la peña se machuca a tomatazo limpio, despachando en una hora varios camiones de tomates. Anoto en el disco duro: "Ir algún año a Buñol".



La tarde en Molinaseca es soleada, perfecta; pero de las notas viajeras me distraen unas chicas guapas, mucho danone, que pasan con los ombligos tuneados al aire, camino de la playa del Meruelo. O Miruelo, que dijo la señora de Bouzas.

Empezamos tuneando los coches –Prada de Cacabelos fue pionero, en 1971, cuando él y Pedro Cotado cruzaron Europa en un bólido con un yugo de vacas como parachoques y dos cencerros colgando en las puertas de madera-, y hemos pasado al cuerpo serrano, o sea, a los jamones pata negra. Unos en la nariz, otras en el ombligo, o en la lengua, otras se tatúan lo indecible; lo que fue señal de la tribu, código sm, signo iniciático, orgullo pirata, hoy es trivial; la globalidad lo absorbe todo y siembra las espaldas más bellas de signos ambiguos, equívocos. Signos cotidianos que Sandra y Alicia leen con naturalidad: en nuestro equipo, Elia lleva el *piercing* en la lengua, You en la comisura de la boca, Vane y Erica en el ombligo. ¡Qué tiempos aquellos en los que el único *piercing* de nuestras madres eran unos castos pendientes de perla de Manacor! -“perla natural, eh”- y el único tatuaje de nuestros padres era el anillo de casados y la marca de las gafas entre ceja y ceja!